

GRAMÁTICA DEL ALUCINADO

Y OTROS POEMAS INÉDITOS

HESNOR RIVERA





GRAMÁTICA DEL ALUCINADO
Y OTROS POEMAS INÉDITOS

GRAMÁTICA DEL ALUCINADO

Y OTROS POEMAS INÉDITOS

HESNOR RIVERA



GRAMÁTICA DEL ALUCINADO

Siempre ha llamado la atención en el país el hecho de que los párvulos y los adolescentes no logren aprender gramática, y lleguen a la universidad con errores inimaginables y con una incapacidad para leer, o para entender lo que leen, capaz de conmovier a un rinoceronte.

¿De quién es la culpa? Todo el mundo mira de reojo a maestros de primaria y profesores de secundaria. Pero, en buena parte, ellos son también víctimas de la gran enfermedad de la gramática, de ese racionalismo utilitarista e intransigente heredado del siglo XVIII, que ha convertido al viejo «arte de leer y escribir correctamente un idioma» en un bloque de hielo, naturalmente sin alma, peor que el témpano de abstracciones mortales de la matemática.

Léanse, si no, el flamante *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, de la Real Academia Española, un libro en el que los dieciochescos académicos actuales hacen notorias concesiones a los lingüistas, pero, sobre todo, en el que ponen una vez más en evidencia que la importancia de sus investiduras es la de demostrar que se sabe mucho, así lo que se sepa no lo entienda ni Cristo.

La fría razón toma, entre sus férreas pinzas, a la mariposa de la palabra hablada o escrita, y la disecciona hasta sus últimas consecuencias. La mariposa muere y nace la gramática, no un arte, sino una disciplina sin el más remoto indicio de la gracia dinámica, de la vital organicidad del vuelo, ni de la corriente de afectos que circula, unitariamente, entre la libertad y la belleza, esencia no sólo del idioma, sino también de todo arte y de la existencia humana.

Por eso, es necesario que cada quien escriba todos los días su propia *Gramática del alucinado*, con fantásticos futuros pluscuamperfectos y mágicos presentes indefinidos. En cuanto a lo que puedan opinar los académicos, poco importa. Si esa gramática del alucinado de cada quien logra tener poesía, esos ilustres personajes, peritos en usos prácticos, no entenderán absolutamente nada, tal como nadie entiende su gramática yerta.

Aquí va mi gramática. Ojalá despierte en la imaginación ajena otras gramáticas en las que las alucinaciones alcancen el loco y enamorado dinamismo de los bellos seres del mundo.

HESNOR RIVERA
Maracaibo, 1996

La poesía siempre
es otra cosa.

Es la ventana —por lo menos
lo fue hasta hace poco—
que se derrama desde el frente
de mi casa hasta el lago.
Y enseguida deja de ser
las diez mil torres petroleras
y el brillo de los peces
que dan saltos mortales
cuando el viento casi inmóvil
sale de la alcoba donde el sol
duerme aún junto al alba.

La poesía sigue de largo
porque ya la poesía es otra cosa.

Por eso la belleza
—la del porvenir sobre todo—
será huella pasada. Será
eternamente pretérito
que se renueva libremente
sin pausas de este lado o del otro
de la superficie del tiempo
perdido entre las altas briznas
azules de sus propias lluvias.

La poesía baja ahora
de los árboles de oro
que alimentan las ruinas
y las humaredas muy vivas
del gran reino de antaño.
Pasa ahora por encima
de la transparencia del cielo
y se vuelve para alborotar
de nuevo con sus manos de duende
la cabellera de acertijos
de los milagros y la magia.

Vuela y entra de inmediato
por la misma ventana
que cae de espaldas.
La poesía deja de ser la casa
para ser la casa por eso.

Y desaparece y cobra
sin moverse la velocidad
perfumada del fuego
que destruye sus propias formas.
Y se bebe y sopla las palabras
previas al comienzo
de los resplandores inútiles.
La poesía siempre
es otra cosa.

Y es ordenada a cada paso
sin ton ni son por el azar
más íntimo y por tanto certero
—o por las circunstancias comunes
para que las imágenes
sean a todas horas libres—
sean en cualquier parte
la oscuridad y la duda
que nos apasionan hasta el vértigo
y nos hacen por palpitos o a ciegas
cada vez más humanos.

Te encontraré ayer tarde.
Seguramente tú hayas perdido
ahora el porvenir contemplando
el vuelo del águila dorada.

8

Tú habrás estado siempre
inmóvil en el centro del día
de aquel año lejano
en que nos separamos sin darnos
cuenta –sin siquiera
percatarnos allí mismo
de lo que ocurría y todavía ocurre.
De lo que aún perseguimos
hollandando la arena de un tiempo
malgastado miserablemente
por saborear los más vivos instantes
de una existencia
que no transitamos nunca.

El pasado por simple puede
que exista pero sólo
como un área y una atmósfera
donde apenas crece la espera.
Donde cada quien es el mártir
de sus propias alucinaciones
y declina y conjuga los hechos
según el giro de sus hábitos
–según la controversia
de sus delicadas memorias
siempre creadas y sobrealimentadas
con substancias fantásticas
para que se multipliquen
con voracidades indígenas.

Volveré a verte
y será de nuevo ayer.
Y te he perdido porque ahora
es mañana.
Y es allí justamente
en ese bosque de los insomnios donde
las palabras intercambian las frondas
de sus significados absurdos
–donde pierden su brillo
y se bifurcan las sendas
de los astros del comienzo.
Donde los recuerdos cobran
las apariencias de las profecías
sobre el final de los combates
entre el amor y la muerte.

Es allí justamente donde estamos.
Donde nuestros desengaños
son simples como el pasado
que de pronto se volverá de espaldas
para que podamos
hacer mucho encontrarnos.

■ ANTEPRETÉRITO SIMPLE

9

Alrededor de tu casa
sólo el horizonte es más ancho
agita sus paredes
de pañuelos en alto:
hacia el sur los de antaño.
Hacia el norte los más recientes
pero de igual modo lejanos.

Aquí la concordancia lleva
a cuestas y a simple vista
sus bártulos. Verbigracia
el sustantivo Demencia es rojo
como el amor que lo precede
y lo anuncia y al mismo tiempo
lo sigue y lo proclama a gritos.

El verbo se convierte siempre
en actos que la memoria inventa
para que el olvido –como suele
suceder– verdaderamente exista.
Tome su continente
de animal si se quiere insípido
como el del loro
cuando guarda silencio.

En este caso la concordancia
debe proyectar la seda
de sus tentáculos
para involucrar tu casa
por obra y gracia del adjetivo
referido simultáneamente a las trampas
seductoras del espacio y el tiempo.

De ese modo el horizonte puede
retornar a su sitio verdadero
que incluye bosques. Mástiles
–techos sembrados de leguminosas.
Puros pálpitos de amorosas locuras.
Reflexiones como pesadillas
sobre amores para siempre pendientes
llenos de incorrecciones
y al final cada vez más joviales.

El futuro no existe.
Lo inventaron los gramáticos
que padecieron más hambres
durante su permanencia
por lo común muy larga
bajo la superficie del mundo.

El futuro sólo existe
cuando le quita el puesto
al pasado vivido muchas veces
pero que desconocemos
casi siempre a diario.

Por eso
nada puedo prometerte
visión mía –sombra amada
que encontré y perdí tantas veces.
Que contemplé día tras día a fondo
pero en el laberinto de las noches más claras.

Por eso
todo cuanto te digo lo invento
a expensas de mi propia
destrucción propiciada ahora
y a cada instante por los sentidos
cuando se interfieren
y se entredesgarran –cuando luchan
por beber en el ánfora
del más bello desorden.

Si alcanzo a recordar el tiempo
de nuestra vida próxima
resulta que en realidad somos otros.
Dos desconocidos que simpatizan
desoladamente. Y se tocan
hasta el extravío
en el traspatio
de una soledad que nos borra
furiosamente los rostros.
Es entonces cuando tú me llamas
con el nombre de cualquier objeto.

Y me dices fuego noctámbulo
–navío
para un solo viaje.
Pájaro
de las alas impropias. Signo
de la intemperie sombría.
El futuro no existe.
Lo inventamos nosotros
sin siquiera conocer
la O por lo redondo.

Pero conociéndonos a tuestas
siempre con el hambre o con la sed
de los sentidos revueltos
–conociendo en fin o apenas
cosas tan prácticas como
el infinito y el tiempo
donde los nombres se apagan.
Donde desaparecen de pronto
las palabras para reaparecer
más libres que los pedazos
de nuestro amor siempre nuevo.

El abuelo reaparece siempre
por entre los hierbajos de luces
crecidos junto al cielo
de los horizontes –aprisionan
a todas horas mi casa.

Su aparición huele a zumo
de madera fresca
y así el amanecer no termina.
Reaparece y las tablas
de las descendencias
vuelven a empolvarse
con el aserrín y se adornan
de virtutas rizadas
como la cabellera de las primas
demasiado pequeñas para siempre.

Ahora me parece que es viernes.
Posiblemente domingo.
Pero no. Ya se habría
iluminado el patio con llamaradas
de pájaros. Con el brillo
silbante de los lagartos
–les decíamos machorros
canaguaras nunca guaripetes
como los llamaban
los antepasados de las islas.

Ya se habrá iluminado
el cuarto de los viejos baúles
oceánicos. Habría hablado
nuevamente el álbum de los poemas
que copió o escribió mi padre
para que mi madre creciera.

Pero no. Era más bien el día
de las calamidades
que provocan los cambios
repentinos en la piel de la atmósfera.

Y por nada del mundo
ni aún entre las nubes más blancas
vendría el abuelo cabalgando
los caballos y los burros
de las guerras donde nunca fue héroe.

No debía ser domingo.
Tal vez fuera una vez más el martes
de los encantamientos inútiles.
De los espantos de fuego
que ruedan sobre las arenas
de las calles. Por los callejones
de enlosados para echar brujerías
—para quemar la flor y las raíces
de las ráfagas cosechadas
en las travesías marinas.

13

De todos modos
el abuelo reaparece para abrir las puertas
de la carpintería de los milagros.
Por dondequiera aún suenan
sus cornetas de músicas muy alegres
las tablas y los listones
—revisten la armazón
de forma acorazonada
del tiempo que nunca
pudo convertirse en pasado.

■ GERUNDIOS POSESIVOS
(TRATADO DE LA MEZCLA DE LOS ALIENTOS)

Cuando veo detrás de mis ojos
el giro de la humedad de tus labios
mis sentidos gritan
como pájaros fugitivos en la jaula.

Te sujeto entonces por las alas
de las rodillas—las rodeo
con mis manos como con lianas
florecidas en un fondo marino
para que no vueles. Para que no te vueles
de la red de arena
donde debe retenerte, mantenerte
el deseo. La necesidad
de que estés quieta pero devorada
por el mismo desasosiego mío
que no se sacia con el agua
de la sed de tu boca.
Ni siquiera con el aire de tempestad
de tus palabras
bebidas en la profundidad
de tu garganta cuando todavía
no alcanza a pronunciarlas.

No te tumbes de espalda
contra la puerta de la saciedad
que podría sumergirte en la llama
sagrada de la noche. La noche, la noche
regada como un olor sobre los órganos
renuentes a dormir. Disuelta
como el polvo blanquísimo de la sangre
cargada de metales preciosos
para que el corazón repique
las campanas de sus barcos—los guíe
sobre las marejadas que suben
desde tus muslos desnudos
hasta mis costillas mis clavículas
mis vértebras locamente
iluminadas por el faro de los malecones
del más largo deseo.

Para que no te vueles. Para que no te vueles
y desaparezcas otra vez por entre
las rendijas del alba concebida
por un hálito de cobertores violeta
—o por entre las ramas y las hojas
de la intermitencia
de tu respiración en el instante
en que más debo retenerte
mantenerte cautiva por el cuello
y por los hombros hasta sentir
cómo palpitan en tus venas
los pensamientos y los recuerdos
que bajan de tu cabeza
para alumbrar los laberintos.
—¡Oh! Paredes con cortinas celestes—
de las desapariciones de antaño.

15

Cierro la salida de tus alas
construidas y vueltas a construir
por la paciencia angelical de la noche
(la noche la noche) por la sedosidad
endemoniada de la noche
que continúa juntándonos sin duda
para que sea yo quien desaparezca
—quien sucumbe sobre tu cuerpo
como un navío que naufraga
en la madera de los bosques
del origen— en las selvas de las pasiones
trashumante y con cara
de pequeños animales sonámbulos.

Mezclemos nuestros alientos ahora
para que el día se detenga
donde todavía no empieza
y el temblor de la inagotable fatiga
tome más significado
que los que caben en las palabras
con que tejen y entrecruzan
sus pálpitos y palpitaciones

el amor y la muerte para siempre.

a mi amiga, la pintora Nereyda

Había alrededor
de cada uno de tus ojos
un sueño distinto.

No era el vaivén
ese hermano natural del caos. No era
naturalmente ni la luz ni la sombra.
Ni el perro y el gato
ni el frío ni el calor
de las bellas desgracias.

En los sueños distintos
pero simultáneos que proyectaban
por todas partes tus ojos
no andaban el día ni la noche
ni mi paraíso ni mi infierno
que existen sólo
para poblar con árboles y llamas
las praderas de tu memoria.

En resumen
tenías por lo común doce ojos.
Alrededor de cada uno
giraban doce sueños distintos
como otros tantos planetas
de un sistema de poleas sanguíneas.

Los sabios de la medianoche
dijeron con naturalidad:
«Es el reparto numérico
manejado por la desolación
para pasar de la nada
limpiamente a la noche».

Yo seguía sin embargo observando
la proliferación de espigas
sobre el lado menos solar de tu rostro.

Sobre el lado derecho
crecían manojos de luminosidades
que te traspasaban para que amaneciera
sobre los campos de un país
con rasgos de serpiente muy joven
—más bien de esfera
si se quiere muy dúctil.

Sólo entonces advertí en el sueño
de alguno de tus ojos
la linterna de pisadas piadosas
—intentaba levantar a pulso
la piedra de la pesadilla
que me aprisionaba bajo la garra
de raíces de mis antepasados azules.

17

Despierto de repente
en el alba. A mi lado
vuelvo a ver la imagen
de tus ojos parada
sobre las manos pares—siempre impares
de tu corazón río de pájaros.

a Milagros Morales

¿Qué relámpago de los hechizos
mueve detrás de tus ojos
sus enigmas de incendio enamorado?
¿Qué milagro susurra
sus oraciones mágicas
debajo de tus párpados poblando
de arcoíris y centellas en celo
las hojas las flores y el bosque
del paraíso gloriosamente perdido?

Los navíos beben lentamente
la seducción de las noches
en los puertos de una latitud
donde tu sonrisa es el reino.

Allí se pierde y se recupera
y se pierde para cobrar más fuerza
la vehemencia—el eco
de la libertad que es ella misma
pero que simula desaparecer
para que se disfrute más
el goce siempre nuevo
de la necesidad de encontrarla.

Si estás de espalda—mujer
de carne y hueso—y te vuelves
es suficiente para que el mundo
salte y entre al aire
de tu corazón a conocer otros mundos.
Si bajas los ojos de improviso
el otro lado del planeta
se volverá transparente
para que los amantes sientan
con más intensidad sus amores:
los de antaño en el viento,
los del porvenir en la arena.
Para que vean sobre tus hombros
los signos de la tempestad
que seduce al vacío.

Del vacío que se llena
repentinamente de llamas.
De las llamas desde donde soplan
sus prodigios con naturalidad los sueños.
Para que finalmente palpen los brillos
con que alternan sus ímpetus
ternuras y deseos: los astros
de la memoria sobre tu sien
izquierda te revisten de rojo.
Los astros del olvido
sobre tu sien derecha
te desnudan hasta el centro
azul de la fascinación incesante.

19

¿En qué archipiélagos
donde crece la cabellera
de las lloviznas
se perfumaron los acordes
de tu respiración amorosa
—se te llenaron los sentidos con raptos
que desbordan la realidad
y la apariencia de la pasión
hasta cambiar las semejanzas
y los rasgos de la piedra del tiempo?

La pauta de las seducciones
está escrita en el oro
de los espejismos
que en el agua se borran.

Entre las tentaciones
la fe y el albedrío no existen.
Y la bestia de coronas violeta
se desploma vencida frente al río
de las alucinaciones clarísimas
relativas a la muy bella inocencia.

OTROS POEMAS INÉDITOS

a mi hija Celalba, en sus 21 años

Tu edad es ahora
la que tenían los árboles
crecidos junto a mis sueños
cuando el tiempo se parecía sólo
a la velocidad de su lado nocturno.

Tu edad de ahora tiene que ser
como yo la presiento tocándoles
el pulso a los arroyos por donde
la memoria se marcha a convertirse
en mapa de canciones muy pálidas.
Por eso has dejado de mirar por ahora
la carta de oro y el número con caballos
oscuros que te envió la luna
envueltos en la arena y el agua
de sus demencias. Envueltos en el viento
y las hojas de sus libros anónimos.

21

Has llegado al paraje del camino
que yo no recuerdo pero que invento
para recorrerlo contigo. Para imaginar
al menos que cuando llegues
al otro lado del horizonte y su brillo
encontrarás al mundo a través
de cuyas transparencias no pude
dejar que encegucieran mis ojos.

El mundo con sus barcos que pitan
como las ballenas en celo. Que andan
a gatas sobre los océanos para
sostener en sus espaldas al cielo.
El mundo con sus puertos y sus villas
que ven pagar gritando al rayo
desde la catedral a los mástiles.
Y los paseos entre las cosas nuevas
del parque –siempre el mismo pero
siempre desconocido gracias
a los juegos de la soledad y el misterio.

Cuando llegues al otro lado
del horizonte ya yo me habré marchado.
Estaré en el punto de retorno donde
más se recuerda lo que no se ha visto.
Tu edad de ahora es la que tenían
las ventanas cuando comprendieron
su oficio subterráneo entre la nostalgia
por el porvenir y la pasión del pasado.
Es la que tienen los árboles –sólo
los árboles que se beben las lluvias
caídas desde el fondo del sueño.

Queridas sombras

vuelvo a ver

vuestros rostros de comarcas huérfanas
que lanzan hacia el cielo luces
semejantes a la cabellera del fuego.
Veo otra vez vuestras soledades
sentadas a la sombra de un mar blanco
con ramajes donde brillan
las frutas de las pasiones más bellas.

22

La mujer nocturna —la primera amada

recorre sin parar tranvías

pintados por la demencia y sus furias
los ríos de las alamedas infernales.

Corre en el cerro de los enamorados
las sobras de las cenas perdidas
en los manteles del alba.

Pregunta a los mendigos con cara
de animales profundos —a los extranjeros
que dormían en silencio el misterio
de las desapariciones sin tregua.

A los niños dormidos sobre hojas
de periódicos que refieren los dedos
de un porvenir más bien triste.

Pregunta a gritos en las estaciones
donde los viajes instalan la ventana
del clima de sus fiebres ruidosas.

Pregunta en todas partes por las señas
del lugar donde sangra el corazón
del adolescente que la amaba
con la fuerza de la tempestad más extraña.

para Zobeyda

De algún modo
todos mis versos te conciernen.

Te pertenecen
como te pertenece
mi ya vieja teoría
de los equívocos
sobre la necesidad y la ternura.

Ahora mismo estos versos
van saliendo de los fondos marinos
de una soledad
que tú misma me hiciste
a la medida durante
los extraños años
que viví sin hallarte.

Ahora mismo comprendo
cómo al verte me despertaste
en mi memoria sonidos
de entusiastas recuerdos –toda
una historia sobre los tiempos
que creí perdidos y en donde
hallaba intacta la fórmula
de la pasión con que he debido
y debo para siempre amarte.

Tengo que volver a verte
enseguida –mañana. Esperarte
los próximos mil años
para descubrir de nuevo
el mundo –la zona de los cielos
y la tierra y el agua
donde la esperanza y la eternidad
se confunden y se visten
para siempre con la tela de oro
de tu piel y tus ojos
desde ya convertidos
en los sentidos de mi futura memoria.

*a Miyó Vestrini, mi amiga,
en los seis años de su muerte*

A medida que veo pasar el tiempo
más de prisa mientras menos vivo
pierdo la memoria
de cuanto más he amado.

Me sorprendo en cambio contemplando
los navíos los carros los aviones
de un viaje que no sé
si emprendí hace mucho
o que todavía
posiblemente no emprendo.

Por lo demás no me percato
de los rostros –de las cabelleras,
de los cuerpos y los pasos
que pudieran ser los tuyos
o los míos en otros sitios
donde no alcanzo sin duda
a reconocerte. Donde no logro
ni siquiera reconocermé a mí mismo
distante como vivo de los recuerdos
sin que me sienta recorriendo
las direcciones y las rutas
de algún porvenir donde el viento
por ejemplo de cualquier manera
es sin duda
la parte del movimiento
azul del cielo.
Donde el alma deje
de ser el peldaño del espejo
que se pierde en otros
con profundidades de abismo.

¿Cómo podré entonces
sonreír –atreverme a preguntar
por las señas de tantos seres
perdidos como yo en los laberintos
de los días. Muertos o desaparecidos
a pesar de los ecos que laten
o de los ladridos de ternura que escucho
–a pesar de tanto amor.
Flotando todavía como polvo
de ruinas en las calles.
Frente a las puertas y ventanas
de las casas donde se entrecruzan voces
de una existencia inubicable?

En la medida en que persisto
en reconstruir lo que posiblemente
no ha existido
o lo que asoma su cabeza informe
de caballo o de bestia
para siempre sin nombre
comiéndose a mordiscos
la falda de las doncellas
de alguno de los muchos
mundos desconocidos que nos perturban
a diario para que les demos
con exactitud un sitio.
En igual medida retrocedo
y al mismo tiempo avanzo
y veo sin cesar por eso
multitud de veces los mismos detalles
que desconozco cada vez con más fuerza.

25

Tú entre ellos juegas
a que rejuvenezca a expensas
de mis propios olvidos –a expensas
del milagro improbable
de que hasta en esta extraña sombra
en que me debato vuelva
a verte y te nombre,
vuelva a verme nombrándote
para que crezcan de nuevo
con esplendores siempre frescos
los muslos de las flores.
Otros árboles con apariencia de lámparas.
Más bosques con sus mares adentro.
Pequeños ríos de sonrosados ojos
de sierpe alucinada. De gato
que se cae del techo
de la constelación donde vives.

¡Oh! Inagotable discurso
de la nada que se puebla
con los rostros y las cabelleras
del fuego frío de esa otra nada
que se cubre con la ropa de la desnudez
de los pálpitos repetidos
–pero siempre distintos–
por el amor de la noche.
Por la libertad de la noche.
Por la libertad de la noche.

El amor y la libertad
y la belleza por los que muero
jurando y gritando
que son una sola y misma cosa
–una sola palabra
para inventar el triunfo
contra la luz horrible de la muerte.

*a Leisie Montiel,
buena poeta y amiga*

Si te hubiera visto
tantas veces
como lo quise a menudo
ya no serías
como fuiste siempre.

26

No sentiría tu aliento
como sigo sintiéndolo
así no estés como ahora
para siempre a mi lado.

Lejos –más bien muy cerca–
de todas estas ilusiones.
La realidad extrae
las ventanas y las coloca
justo en los sitios
donde deben
comenzar los sueños
y desde ellas,
desde donde caen
las trampas mágicas
de la luz y la noche
–de la memoria y sus aguas
con las lámparas,
con las cabelleras
que vuelan como ángeles
sedosos para que la nostalgia
pueda descender
a las ciudades
justo en los sitios
donde se necesitan recuerdos.

Por eso si te hubiera visto
tantas veces
como lo quise a menudo
¿dónde andaríamos entonces?
¿En qué país destruido
por tormentas antiguas
dudaría tratando
de encontrar los pasos
de tu cuerpo
y tu sombra
–de tus formas que le dan
significado a los tiempos?

No las hallaré y no obstante
seguirás siendo
como fuiste siempre
como no serías
si te viera a menudo.

para Nereyda, en su exposición

«NATURALEZA Y ALGO MÁS»

Los arcoíris llegarán
muy pronto como volantines
de un país que se mueve
dentro del mundo gracias
al círculo y los puntos
de colores muy mansos.

Disponen ya de las tinajas
con cuerpos de muchachas dormidas
—allí las puntas sembrarán de nuevo
su descendencia de tesoros
bellísimos pero igualmente llenos
de encantamientos y enigmas
—de ferocidades muy tiernas.
Los candelabros de brazos
vegetales por su parte
sostendrán esa misma atmósfera
con hilos de luces melancólicas
—ellas guardan los secretos
y las contraseñas
con que se abren las puertas
de las leyendas puras.
Siempre habrá pasadizos
de flores para extraviar los ojos
en los laberintos azules
de los sueños y delirios
que finalmente se cumplen.

El desasosiego quiere
derrumbar la fuerza
de los días y las noches
por los laberintos de mi cuerpo
—lo corta con su cuchillo
remachado de perlas
y de escamas y diamantes.

Conozco y olvido de inmediato
los hechos y vuelvo
a reincidir sin soslayo.
Siento el vuelo de sus sombras
que miran de refilón o de paso
las lamparillas del amor
y sus sedosas deslumbrantes bestias.

Pasan y se posan a mi lado
otro desasosiego paseando
sus perros cargados de mercancías
suntuosas —apertrechados
de metales marítimos y de lianas
extraídas de algún río
navegado por la voz de la cólera.

¡Dios mío! exclama de repente
el amante cortado a rodajas
por el hacha de las doncellas
capaces de destruir de un golpe
los antiguos y dolientes bosques
y las dársenas de apariencias
angélicas donde engordan
las maderas de armar los navíos
y el palacio del dueño
de toda el alma loca del navío.

El desasosiego alza en vilo
las enamoradas piltrafas
—los harapos apasionados
por el deseo y la duda.

Con ellos viste sus duelos
el padre de las necesidades
y la virgen endemoniada
que sabe confeccionar flores
eróticas para la lujuria
de sus más mortales clientes.

En otras partes –hace ya 50 años–
no sucedían tamañas
desventuras. Aun la memoria
respiraba por entre los macizos
de hortensias de los recuerdos
que ponían por docena brillos
en el vientre de las colmenas doradas.
Los pájaros siempre voraces
de la discordia se perdían
entre las telas de las alamedas
–caían muertos en la atmósfera
de las mujeres que bebían
con fruición llamas vivas
al amparo de los biombos
en los veladores con porte
de trono fúnebre en El Negro Bueno.

29

Hace ya mucho tiempo
los galanes de oficio
andaban como sonámbulos
con cristales de cocaína
untados en las frentes
–andaban maltratados
por las prostitutas y el trote
de los caballos percherones
a lo largo de los andenes
de los trenes tardíos.

El desasosiego vuelve
a descorrer las cortinas
para que el alba meta
sus cuantiosas garras
y degüelle corazones enfermos.

La luz ha dispensado ahora
la seguridad de mi muerte.

Mañana podré encontrar entonces
los patios donde el amor todavía
huele a frutas y a senos
para el ocio de todos los misterios.

Cuando aproximes tu aliento
al mío —alrededor de los labios
con ligeras contracciones
de pez cautivo en la arena.
Hacia los bordes de las mejillas
la llama de la ternura
empezará a encender
las vibraciones de pequeña lámpara
del interior de la boca.

30

Cuando aproximes tu aliento
al mío pugarán los besos por volverse
el suelo de las humedades
amorosas. Del barro orgánico
que se organiza en cielo
de paladares cada vez distintos.
Es entonces cuando necesito
decir dentro de los pliegues
de tu garganta bellas palabras
como espejo de hortensias
—ten piedad piel de helecho—
pequeño efluvio de demonios
bañados por los zumos
violeta que van y vienen
por entre los temblores del deseo.
Por entre los islotes
de un archipiélago
de enternecimientos muy altos.

Cuando aproximes tu aliento
al mío sembraré en el lado derecho
de tu boca los nombres
que dirías más tarde —es decir
el ala de los recuerdos
que cantarás más tarde.
La frase con que vaticines
las realidades y los sueños
que el pasado olvidó
del lado de otro tiempo.

Antes de la mudez de los besos
alcanzaré a decir en tu boca
muy adentro en la atmósfera
donde la sangre toma
aliento de nuevo
—musitaré voces con aire
de palabras a punto
de sembrarse y echar flores.
Términos como semejanza
de justeza pequeña. Imagen
—pétalos a ahogo. Tela
para alumbrar las noches
y andar a ciegas
por las encrucijadas
y las bocacalles del alma.

La soledad que nace ahora
—y por eso da vueltas
de animal pequeño
alrededor de mi sombra—
sabr  discernir
todas las cosas
relativas al tiempo
incluidos los cambios
de su piel y sus máscaras.

Desde ese alucinante dominio
puedo ver y palpar
y hasta oler los aromas
del cielo siempre rojo
pero bastante bajo
que remueve sin descanso
la atmósfera de la casa
de Dulvie —la adivina
más joven de las que fabrican
las flores y la miel del árbol
donde el sol come en la noche.

31

 Es alguna mont a? preguntan
los suspicaces profesores
de las secas teorías
sobre el fin de este mundo
que ha logrado mantener intacto
el misterio de su bello desorden.

Ahora mismo Dulvie levanta
un puñado de agua
tomado de la cabellera
de un arroyo muy viejo
—perdió la transparencia
de tanto que lo han visto a fondo.
De ese modo la joven
adivina traza el curso
de los laberintos orgánicos.
De los cataclismos domésticos
y el amor y las puertas
y las paredes y el patio
desde donde la ciudad
ech  a volar los pájaros.
Los caimanes de plumaje dorado.
Las piedras de mineral en llamas
aptas para construir volcanes.

Ech  a volar los sonidos
de la madera con que se arman
navíos para que nazcan islas
alrededor de todos los océanos.

La casa de Dulvie
en Machiques tiene
naturalmente ventanas.
All  las soledades nuevas
reclaman sus melenas solares
y entran al cuarto de los sueños
donde no hay más soledades.

a Celalba Rivera

32

El mundo andaba
entre las ramas de un océano
parecido a sus barcos.
¿Qué significaba esta imagen
para que guardara
de algún modo relación contigo?

Señalaba con seguridad
los giros del azar –profundidades
referentes al salto
de tus años que estoy viendo
desde el descenso de los míos.

Hoy te encuentro más joven
que cuando cumpliste
siete años. ¿Estabas
en Maracaibo. En Santiago
de Chile. En Frankfurt. En París?
La tour Eiffel fue testigo
de tu gran alegría
cuando los magos del Tíbet
frente a nuestra mesa
festejaban ya tus doce años
–transformaban a prisa
las palabras en cosas
existentes y las cosas muy quietas
otra vez en palabras.
Las veías –dijiste– volando
como luces muy vivas
para hallar las bocas y las manos
que las convirtieran nuevamente
en cosas todavía más bellas
que las de la realidad
de repente inmóvil.

El mundo andaba
entre los mástiles y velas
de un árbol siempre
semejante a una casa.
¿Cómo encontrar el significado
de las mil formas contrarias
de la luz y la sombra
–de un tiempo siempre idéntico
que entredevora sus partes?

Ahora cuando viajo
detenido en el fondo
de un pasado que me aprisiona
con sus grandes piedras de sueño
te veo ganarle la partida
a un porvenir lleno
de flores y de nubes
y de puertos o más bien fantasmas
envueltos en la frondosidad
de las ciudades que nacen.

Seguramente el significado
cambiante de las imágenes
es el de la juventud que cobras
mientras más pasan los años.

33

■ EL CORAZÓN DE LAS COSAS

Vuelvo a los mismos lugares
de antaño: no han cambiado
y sin embargo parece
que pertenecieran a una ciudad
donde nunca he vivido.

En los bares –en los restaurantes
donde solíamos hallarnos–
la gente –sobre todo
los borrachos habituales–
habla en otras lenguas.

En los mercados
nadie me conoce –me miran
como a un forastero
que llega de un país enemigo.

Me hace falta pasar.
Una vez más y otra vez.
Y de nuevo frente a tu casa.
En su sitio ahora
lo que hay es un árbol,
una ventana rota,
flores de otra época.

Lo que me ocurre en realidad
es que tú ya no existes.

Yo envejezco más de prisa.
Me vuelvo cada vez más pobre
y ante mi excesivo
amor por otros tiempos
se ha detenido
el corazón de las cosas.

El ángel siempre pasa
arrastrando la cola
de colores naranja
por los corredores vacíos.

Se precipitan entonces los aviones
sobre la soledad
de los viajeros con orejas de insomnio.

Ya no pienso en la muerte
ni en el río de semblante salvaje.
No pienso. Bebo
licores de algún modo infames.
Me acuerdo más bien de seres
que no sé si existen
o desaparecieron como truenos
en los vendavales del alba.

(Otto, una mujer espera
bajo la tela
de las hambres del sur.
Jesús María, nadie
regresa del largo viaje
más allá de los celos.
Hugo, mírate el corazón
en el agua de las aventuras inciertas).

Se precipitan de repente los pájaros
sobre el arbusto
cada vez más marchitos
que aprietan contra sus pechos
los transeúntes –desconocen sus nombres.
No encuentran nunca
las islas de sus propias sombras.

Un perro pasa junto
a la voracidad ciega y sorda
de los que nunca llegan.

¿Voy hacia el Himalaya
–hacia las islas de caderas
con voluptuosidad peregrina?
Estoy en el aeropuerto
una vez más mirando
cómo regresan los recuerdos.

Por los ojos de la recién casada
brotan los destellos
más bien tristes de los novios perdidos.
Por la boca de los niños
sale el globo
de una luna con ojos de fantasma.
La anciana habla
de su corona de reina
cuando las islas del Caribe
hervían como serpientes
o como flores extraídas
del fondo de la fiebre
de cristal de los rones.

El ángel siempre vuela
en el puerto más cercano
al sitio de las desapariciones
sobre cuya existencia no pienso
ni tengo la más leve memoria.

He desaparecido
mientras veo al borde
de la copa de las lágrimas
que me bebo con furia
–son la sangre del tiempo y sus miserias.
Deben restituirme la fuerza
de la pasión por los viajes.
La audacia de rescatar
del fondo de la noche
la sombra de mis viejos amigos.

■ LECHO DEL INFORTUNADO
(ACTO FINAL DE LAS DÉCADAS)

Con insensatez melancólica
me detengo junto al curso
de las décadas. Con la insensatez
de siempre retomo el paso
de los años hermosamente perdidos
en el ámbito fundamental de los sueños.

Allí he vuelto a comprobar
las marcas delirantes
de mis torpezas en los pueblos
de los valles y los altiplanos
andinos —en ellos todos quieren
ser jefes para dejar de ser pobres.
Instinto de quienes nacimos
en los litorales y los puertos
o en la tierra plana y pelada
a quienes olemos a pócimas
untadas, pero picantes de las brujerías
o a fiebres en aceites hirvientes
y opulentos para los incendios
siempre menesterosos del trópico.

En las ruinas giratorias
de las décadas hasta ahora vividas
da vueltas y alienta todavía
el cadáver de mi infortunio constante.

Anduvo sobre los espejos
de petróleo de mi infancia
con los pedales de la costurera
de cabellera más blanca
que el velamen de las carabelas
de éxodo. En la adolescencia
el cadáver de los infortunios
reverdecido con infarto de ranas
cenaba como los políticos,
como los jugadores de caballos
y gringos. Como los banqueros furtivos
en las barras de los restaurantes,
de los burdeles más lúcidos.

La rueda de las décadas
que esparcía por dondequiera sus ruinas
puso en marcha los trenes cargados
de promesas mortales. Allí
los poetas tomaban apariencias
de comandantes invictos.
Y los comandantes frotaban
la lámpara de los profetas
mientras recitaban sin convicción
—como los curas— fragmentos
del Sermón de la Montaña
y rezaban muy mal su bella
poesía suelta entre las palabras
bien reales del Padrenuestro.

El infortunado de la luz perpetua
preguntaba desde su lecho de condenado
¿dónde están los dromedarios negros,
la estrella parecida a los signos
de las lluvias lejanas leídas
por las cabras y las ovejas del patio?

Las décadas se terminaron
desde hace mucho —respondían
las voces de los seres cambiantes
dentro del ámbito de la libertad,
belleza que siempre es otra cosa.

Ahora asistes a las escenas
del rey y la reina de corazones
heridos de espadas, dando gritos
porque padecen las pasiones
y los espasmos del tiempo enfermo.

La rueda de los infortunios
gira otro poco y el cadáver
vuelve su ceniza contra la pared
porque el porvenir y el pasado
dejaron de alimentarlo
con sus basuras mágicas.

EPÍLOGOS

HESNOR RIVERA

No siempre suele empezar el tiempo
por unas hojas húmedas y unas palabras
recogidas en la soledad de un río inconstante.

Y es así como existen caminos
donde no es posible recordar
hacia dónde se quiso partir.
Y es así como se anhela a veces
retener un pedazo de mar
con que orientarse en medio de la tierra.

Todo podría entenderse alegremente.
Todo podría estar frente a su justa sombra.

Pero en las madrugadas donde hay estrellas todavía
y en los inmensos parques donde se queda el viento
como un hombre a quien sólo le resta esperar
no cesan de existir naufragios
que reparten espectros de ademanes turbios
en torno del fuego y de la rosa más honda
por donde ansía respirar la memoria.

Es inevitable entonces estar solo.
Permitir que los sueños remonten la sangre
y hagan cantar o llorar continuamente
desde una ventana abierta hacia los árboles
o en una sombra.

Es inevitable sentirse andando lejos.

Hasta que en una tierra
a donde siempre se está llegando tarde
se abra y caiga el cansancio como una fruta ciega.
Siempre el espacio empieza
por una lluvia que lo apaga todo.

Hesnor Rivera [Maracaibo, 12 de julio de 1928 - 17 de octubre de 2000] es la más alta voz de la poesía zuliana y, sin duda, una de las más importantes de la poesía moderna venezolana. Poesía que se inserta dentro de la renovación literaria que encabezaron Juan Sánchez Peláez, Adriano González León y José Lira Sosa, entre tantos otros que se atrevieron a dar el paso que faltó a la generación del grupo Viernes. El paso que supone el desafío, como dice en su más conocido poema «Silvia» [1953], «a la sombra que se antepone al bosque. El desafío al bosque que se antepone al cielo». Un desafío que, en el caso de Hesnor Rivera, parece haber hallado en una endemoniada ascensión a los infiernos silenciosos de la palabra un atajo que tradujera a nuestra realidad del trópico borracho trazos del romanticismo alemán y del surrealismo más alucinante.

La obra poética de Hesnor Rivera es testimonio siempre vivo de lo que fue una travesía por la vida desde la poesía, porque lo suyo fue vivir poéticamente. Su obra es la constatación de un imaginario que teje y desteje a Maracaibo, desaparecida por el sol de otros tiempos, para transformarla en una ciudad universal donde se pueden rumiar en secreto túneles hambrientos, naufragios de incendios melancólicos y las aguas de los desastres.

Hesnor murió cuando no recordó más sus poemas. En silencio se fue haciendo invisible en medio de su risa de trueno enamorado. Sin embargo, antes de hacerlo, dejó una gramática para despertar «en la imaginación ajena otras gramáticas en las que las alucinaciones alcancen el loco y enamorado dinamismo de los bellos seres del mundo».

La imprudencia del amor lo exhortó a apostar por una propuesta que renovara las letras zulianas. Esa propuesta fue la fundación del grupo Apocalipsis en 1955 [junto a los poetas César David Rincón, Ignacio de la Cruz, Atilio Storey Richardson, Miyó Vestriini, Néstor Leal, Laurencio Sánchez Palomares y Régulo Villegas, y los artistas visuales Francisco Paco Hung, Rafael Ulacio Sandoval y Homero Montes], cuyo nombre no sólo debe ser relacionado con un instante determinado dentro de la literatura zuliana, sino también como expresión de un momento muy intenso dentro de las letras venezolanas. Tan intenso que la literatura nacional no volvió a ser la misma, incluso tras su desaparición en 1958. La década de los 50 es determinante para lo que vendría a tejerse luego en el arte de las palabras. Una década íntimamente relacionada con el verdadero sentir de la vanguardia surrealista y su significado libertario. Un significado que no supieron manejar ni valorar los integrantes de Viernes, pero que sí explotarían los jóvenes poetas que tomarán la palabra a mediados del siglo XX. Poetas valientes que parten de sus experiencias en el exterior, particularmente en Santiago de Chile, donde entrarán en contacto con un universo de imágenes que, unidas a sus previas lecturas de los surrealistas y futuristas europeos, forjarán un puente simbólico hacia otros mundos atrapados dentro de ellos mismos. El contacto con Mandrágora, grupo fundado en 1939, la obra poética de Pablo Neruda, Rosamel del Valle, Pablo de Rokha y el Vicente Huidobro de *Ciudadano del olvido*, harán posible que el surrealismo entre al país con el vigor y la conciencia necesarios para abrir definitivamente las compuertas de la modernidad poética.

Gramática del alucinado es el último trabajo poético de Hesnor Rivera, fechado en 1996. Aquí pone fin a una travesía que comenzó en el Chile de su exilio entre 1949 y 1951, bajo la orientación del grupo Mandrágora y los giros metafóricos que bebía de los senos desnudos de mujeres asomadas a los balcones y que amaban hacer el amor.

Supe de la existencia de este libro por boca del propio poeta. Una mañana de 1998, en la Universidad Católica Cecilio Acosta, conversamos sobre su deseo de que su más reciente libro estuviese acompañado de un cedé en el cual él mismo leyera los textos. Hesnor disfrutaba profundamente recitar. Creo que no hay poeta que lo haga con la pasión que él

derramaba frente a un auditorio, al que emborrachaba entre metáforas que hablaban de sus antepasados marinos, de tiempos que vuelven siempre y de una mujer cuya mirada mágica lograba abrillantar la arena donde se tendía para huir de la noche. Esa mañana, por cierto, fue la última vez que conversé largo con él.

Su deseo no pudo concretarse, comenzó a volverse invisible y la gente, todos nosotros, ya no pudimos verlo cuando salía a respirar el humo de los amaneceres parados en la rama de la ventana. La *Gramática del alucinado* se transformó en un mito entre los amantes de su poesía. Terminamos creyendo que no existía, que nunca existió, que se trataba de otra de las invenciones maravillosas con las que inflamaba sus clases de Literatura Española en la Escuela de Letras de la Universidad del Zulia. Sin embargo, en 2014 Marta Colomina puso en mis manos una caja llena de papeles inéditos del poeta y allí estaban los poemas de la alucinada gramática de Hesnor Rivera, transcritos por su hija, Celalba Rivera Colomina. Poemas que leí con devoción y algo de tristeza, una tristeza tibia que fue echando raíces hasta volverse chorro de oro cálido. Leer estos poemas y no escuchar la voz del poeta es imposible para quienes tuvimos el privilegio de compartir con él. Y es que su poesía era él. Él era su poesía. Una misma carne transida por una liturgia maravillosa. Estos poemas consiguen ahora ver luz gracias a la Fundación La Poeteca y son una realidad servida, no sólo para los amantes de la poesía de Hesnor Rivera, sino como saludo poblado de esperanza para las nuevas generaciones. Un saludo que es un testimonio de una sensibilidad muy fina de quien quiso engañar a la muerte siendo semilla del amor en su sombra.

41

La gramática tradicional es producto de la racionalidad y, dirá el poeta, «la fría razón toma, entre sus férreas pinzas, a la mariposa de la palabra hablada o escrita, y la diseca hasta sus últimas consecuencias». Por ello Hesnor se atreve a proponer otra gramática producto de la endemoniada efervescencia del amor por la palabra, del amor ardiente por la vida, del amor como punto de encuentro entre todos los universos de la realidad, tanto material como espiritual. Una gramática que permita diluirnos en lo oculto, convocando al ser humano a liberarse a partir de la vida cotidiana, puesto que es la imaginación la que conduce a la conciencia al centro de las *vibraciones fundacionales*.

En *Gramática del alucinado* el lenguaje está fundamentado en el amor y sólo en el amor. El lenguaje respira desde dentro como si se tratara de un cuerpo fragmentado luego de haber hecho el amor y que, casi como artilugio mágico, comenzara a unificarse. Amor que no se dice, amor que se vive. Amor que bebe de la llama secreta oculta en el cuerpo para decirse a sí mismo, imposible de expresar desde la racionalidad de la gramática tradicional, puesto que se encuentra fuera de las fronteras de la razón, fuera del ámbito del lenguaje, allí donde la caricia quema e irrita. Amor loco surrealista que sólo ansía seguir ansiando lo desconocido en su brutal ambición de hacerse uno solo con el misterio y sentir que vive de esa forma en la infinitud de un universo distinto. Poemas alucinantes a partir de los cuales el cuerpo, que es lenguaje, se dispersa.

Gramática del alucinado se construye desde la experiencia vital del amor y de la comunicación activa con las cosas y el universo. Ello también se concreta en el apartado «Otros poemas inéditos», que contiene textos hallados en los archivos personales del poeta, escritos entre 1988 y 1999.

Lo recuerdo como un hombre extraordinario. Es cierto que su vida parecía una invención literaria, y que él mismo se empeñó —con mucho éxito— en «literaturizar» su infancia y su juventud, quizás como una forma de exorcismo o redención. Tuve la suerte de crecer entre su realidad y su ficción: a la vez que al personaje, poeta, cosmopolita, periodista, conquistador y alma de la fiesta, disfrutaba del padre, el que nos llevaba a las librerías y a los zoológicos, al estadio de béisbol y a su casa del Poniente; el que nos paseó por la calle Ciencias y por el mundo. A su lado me senté casi todas las noches de mi vida a ver *Bonanza*, *Kojak* o *Baretta*, a hablar de las constelaciones y a esperar en silencio a que nacieran los poemas. Eso tuve, un padre enorme y humano.

42

■■■

Escribía todos los días. Todos, religiosamente, aunque llegase tarde del periódico, e incluso después de las noches de parranda. Se ponía el pijama, una bata de seda azul —también tenía otra granate, y en los últimos años una a cuadros—, se servía el primer whisky Old Parr, Dimple o Johnny Walker, según las épocas, y se sentaba en el sofá del saloncito familiar a escribir. Escribía a mano, con su pluma, en libretas grandes timbradas con su nombre; pero no pocas veces tuve que transcribir poemas nacidos en servilletas del restaurante chino o de Mi Vaquita, posavasos de bares y facturas. Podía estar en silencio o ir recitando en voz alta; y no era raro verlo escribir con algún combate de boxeo, un partido de béisbol o las carreras hípicas de fondo. Lo cierto es que escribía muchísimo, pero no todo acababa pasado a limpio.

■■■

Hesnor no era un usuario sino un amante del lenguaje. Del suyo y del de los demás, de la Lengua con mayúsculas, en la poesía, en la docencia y en el periodismo, pero también en la conversación y en la lectura. Pasamos muchas tardes hablando sobre el préstamo de recursos entre el lenguaje periodístico y el literario, pasó él muchas mañanas de domingo corrigiendo trabajos de alumnos o leyendo textos de concursos en los que era jurado. Esos días amanecía con una pila de poemarios sobre la mesa del comedor y los iba dejando caer en dos montones al suelo. El de los seleccionados apenas crecía. Mi hermana y yo, debajo de la mesa, leíamos a los condenados y le decíamos: «Pero en este hay una buena intención», solo para oírlo contestar con su *leitmotiv*: «De buenas intenciones está empedrado el camino al infierno». «Papá, este autor tiene muy buenos sentimientos», insistíamos. Y él, recordando a Gide, soltaba aquello de: «Con buenos sentimientos se hace muy mala poesía; compra postales, regala flores y dulces y cobres, pero, ¡caray, no escribas poesía!». Y no hablaba desde la soberbia, sino desde el amor por las palabras en ese momento dolorosamente traicionado. En fin, si algo sé de poesía —que es completamente ajena a las buenas intenciones y a los buenos sentimientos— se lo debo a aquellos días. Y si algo enseña su obra —aunque tampoco sea el propósito de la poesía enseñar nada— es la generosidad con la palabra, el acto de amor que es enriquecer el mundo a través de la imagen, la necesidad de escribir intensa y desbordadamente.

■■■

Cuando me fui de Maracaibo en 1994 Hesnor era un poeta respetado, pero como poeta vivo era aún *discutido*. Después de su muerte, con la obra cerrada [o aparentemente cerrada, porque hay mucho material inédito en casa de mi madre], supongo que ya no hay nada que decir en torno a la solidez y monumentalidad de su poesía. A pesar de la desidia y de la falta de recursos que lastraron siempre la

promoción cultural en el Zulia y en Venezuela, agravadas ahora por la generalización de la ignorancia como *desideratum* revolucionario, me parece admirable ver que una generación de creadores y docentes que fueron sus alumnos se ha empeñado en un doble camino: por un lado, seguir difundiendo su obra; por el otro, y esto me gusta más aún, tratar el lenguaje poético y la imagen con los recursos estéticos que él nos puso a disposición una y otra vez en cada poema. Esa es la manera de no olvidarlo.

De la entrevista *Hesnor Rivera «parecía una invención literaria»*

por VALMORE MUÑOZ ARTEAGA

En el blog «País portátil» [31 de julio de 2011]

- **POR LOS TENACES DESVELOS** de Valmore, Jacqueline y Fundación La Poeteca podemos saludar, tras casi un cuarto de siglo de silencio editorial, la aparición de esta gramática íntima que compuso Hesnor en sus últimos años de vida. Desde ella oiremos alzarse su voz poderosa por encima de los desastres; veremos los versos flotar «como ríos de pájaros» sobre el naufragio y el derrumbe. Que la poesía salga de las cajas arrumadas a este libro luminoso y pulcro es para la familia un heraldo de renacimiento y esperanza: «el eco de la libertad que es ella misma».

MARTA COLOMINA,

CELALBA Y MARTA RIVERA COLOMINA

Santiago de Compostela, primavera de 2019

ÍNDICE

GRAMÁTICA DEL ALUCINADO 4

- INTRODUCCIÓN 5
- PARA SER MÁS HUMANOS 6
- PRESENTE INDEFINIDO 8
- ANTEPRETÉRITO SIMPLE 9
- FUTURO PLUSCUAMPERFECTO 10
- COPRETÉRITO INMÓVIL 12
- GERUNDIOS POSESIVOS (TRATADO DE LA MEZCLA DE LOS ALIENTOS) 14
- CONSTELACIÓN SUBJUNTIVA 16
- PARTICIPIOS MUTUOS 18

OTROS POEMAS INÉDITOS 20

- TU EDAD Y EL MUNDO 21
- QUERIDAS SOMBRAS 22
- FUTURA MEMORIA 23
- DE LOS CUERPOS Y LOS PASOS 24
- NUNCA A MENUDO TODO EL TIEMPO 26
- LAS FÁBULAS REALES 27
- OCIO DE LOS MISTERIOS 28
- CUANDO APROXIMES TU ALIENTO 30
- LA CASA DE MACHIQUES 31
- CELALBA, CASA DE LAS IMÁGENES 32
- EL CORAZÓN DE LAS COSAS 33
- EN EL AEROPUERTO 34
- LECHO DEL INFORTUNADO (ACTO FINAL DE LAS DÉCADAS) 36

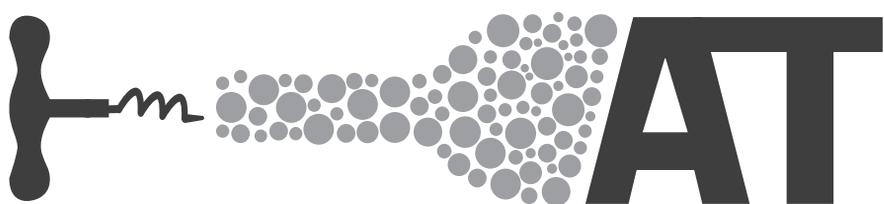
EPÍLOGOS 38

- RESPIRACIÓN DE LA MEMORIA 39
- HESNOR RIVERA

- LA ALUCINADA GRAMÁTICA DEL AMOR 40
- VALMORE MUÑOZ ARTEAGA

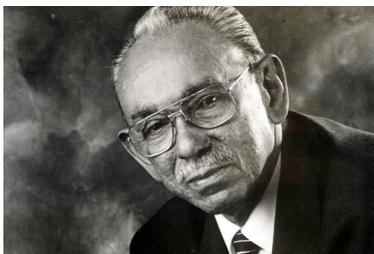
- UN PADRE ENORME Y HUMANO 42
- CELALBA RIVERA COLOMINA

- POR LOS TENACES DESVELOS 43
- MARTA COLOMINA, CELALBA Y MARTA RIVERA COLOMINA



WINES&FOOD

ESTE LIBRO HA LLEGADO A SUS MANOS GRACIAS AL GENEROSO APOYO DE



GRAMÁTICA DEL ALUCINADO HESNOR RIVERA

COLECCIÓN MEMORIAL

- © De los poemas, Hesnora Rivera
- © De esta edición, Fundación La Poeteca
- © Del epílogo, Valmore Muñoz Arteaga
- © Del epílogo, Celalba Rivera Colomina
- © Del epílogo, Marta Colomina, Celalba y Marta Rivera Colomina
- © Del retrato, Mauricio González

PRIMERA EDICIÓN: **Caracas, 2019**

COORDINACIÓN EDITORIAL

Jacqueline Goldberg

ASISTENCIA EDITORIAL

Graciela Yáñez Vicentini

CORRECCIÓN

Graciela Yáñez Vicentini

Franklin Hurtado

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

ABV Taller de Diseño, Waleska Belisario

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

Gráficas Lauki, C.A.

DEPÓSITO LEGAL MI2019000199

ISBN 978-980-7886-07-9

TIRAJE 500 ejemplares

ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES DE GRÁFICAS
LAUKI EN EL MES DE
JUNIO DEL 2019.
SE UTILIZÓ PARA SU
COMPOSICIÓN
TIPOGRÁFICA LAS
FAMILIAS ITC TIEPOLO,
PARA LOS TÍTULOS
Y STRAYHORN MT STD
PARA EL CUERPO DE LOS
POEMAS. EL PAPEL QUE
SIRVE DE SOPORTE PARA
ESTAS LETRAS ES
SAIMA ANTIQUE 60 GR.
TODO ESTO OCURRIÓ
EN CARACAS,
VENEZUELA.

Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial del contenido de este libro sin la debida autorización de Fundación La Poeteca.



FUNDACIÓN LA POETECA

PRESIDENTE

Marlo Ovalles

DIRECTOR

Ricardo Ramírez Requena

CONSEJO ASESOR

**Rafael Castillo Zapata, Alfredo Chacón,
Gabriela Kizer, Santos López y Yolanda Pantin**

GERENTE EDITORIAL

Jacqueline Goldberg

GERENTE OPERATIVA

Roraima Mistage

GRAMÁTICA DEL ALUCINADO es el último libro en el que trabajó Hesnor Rivera, iniciado en 1996. Él mismo llegó a mencionar su deseo de que fuese publicado junto a un cedé con su voz. Cuando se creía esa obra extraviada, nunca concluida y hasta producto de la imaginación de sus lectores, apareció entre los archivos que en 2014 la familia del poeta entregó a Valmore Muñoz Arteaga y que ahora confían a la Fundación La Poeteca junto a una selección de poemas también inéditos, escritos entre 1988 y 1999.

En la introducción a esta breve e iluminadora joya, el propio Hesnor Rivera propone la necesidad de que cada quien, sin miramientos académicos, «escriba todos los días su propia *Gramática del alucinado*, con fantásticos futuros pluscuamperfectos y mágicos presentes indefinidos».

He aquí esa gramática, acorazada por un epílogo de Muñoz Arteaga y por otro con recuerdos muy precisos de su hija, quien resalta el doble propósito de esta edición: «por un lado, seguir difundiendo su obra; por el otro, y esto me gusta más aún, tratar el lenguaje poético y la imagen con los recursos estéticos que él nos puso a disposición una y otra vez en cada poema. Esa es la manera de no olvidarlo».

HESNOR RIVERA [Maracaibo, 12 de julio de 1928 - 17 de octubre de 2000]. Poeta, periodista, locutor, profesor universitario. Licenciado en Letras por la Universidad del Zulia, donde fue destacado académico en el área de Literatura Española. En 1949, junto a Otto Rincón, inició viaje por tierra que los llevó a Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil y Argentina. En Chile se quedó hasta 1951, allí inició estudios de Filosofía y Letras y se relacionó con el grupo Mandrágora. En 1953 visitó a Juan Sánchez Peláez en Bogotá y en su casa escribió el célebre poema «Silvia». Entre 1958 y 1960 viajó por España, Francia y Alemania. Fue uno de los fundadores del Grupo Apocalipsis, que arrojó vanguardia al panorama literario local y nacional entre 1955 y 1958. Ingresó en el diario *Panorama* en 1962 como secretario de redacción y fue subdirector entre 1965 y 1987, año en el que se retiró del periodismo tras obtener diversos reconocimientos, entre muchos otros el Premio Nacional de Poesía [1979] y Premio Regional de Literatura Jesús Enrique Lossada [1992]. Fue merecedor de condecoraciones como la Orden Andrés Bello [1975] y la Orden Francisco de Miranda [1979]. Fue asiduo colaborador de *Zona Franca*, *El Nacional*, *El Universal*, *La República*, *Revista Nacional de Cultura*, *Imagen* y *Puerta de Agua*, entre otras publicaciones.

Autor de los libros de poesía *En la red de los éxodos* [1963]; *Puerto de escala* [1965]; *Superficie del enigma* [1968]; *No siempre el tiempo siempre* [1975]; *Las ciudades nativas* [1976]; *Persistencia del desvelo* [1976]; *El visitante solo* [1978]; *Elegía a medias* [1978]; *La muerte en casa* [1980]; *El acoso de las cosas* [1981]; *Los encuentros en las tormentas del huésped* [1988]; *Secreto a voces. Sonetos completos* [1992]; *Hesnor Rivera. Antología poética* [1993]; y *Endechas del invisible* [1995].



L A P O E T E C A



FUNDACIÓN LA POETECA tiene como fin promover la lectura y escritura de poesía. Cuenta con una sala privada de lectura, abierta al público, con miles de títulos y espacios destinados a talleres, conferencias, lecciones magistrales y recitales de poesía.

🐦 @Poeteca1 📷 @lapoeteca 📍 La Poeteca de Caracas <https://lapoeteca.com>